

WU BRADING, Celia. *Santiago Sierra: la diplomacia mexicana en América del Sur y la Guerra del Pacífico 1878-1879*. México. Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1995. p. 114.

La figura de Santiago Sierra en la historia diplomática de México en América del Sur, realizada por la presentación del personaje hecha por Celia Wu Brading, ofrece la imagen de un diplomático joven, de talento, que debió encarar situaciones que posiblemente su experiencia, muy corta, no siempre pudo salvar con facilidad, ya que muy pronto tuvo que asumir una delicada misión encargada a su superior, funcionario de larga trayectoria: López Portillo. Tal representación debía ser cumplida en seis países latinoamericanos para concertar tratados de alianza que condujeran a una futura federación o confederación a nivel continental. La renuncia –o abandono– de López Portillo a su cargo demuestran cierta irresponsabilidad en un diplomático profesional.

Wu Brading ve con simpatía a los hermanos Sierra (Justo y Santiago), quienes formaron parte de la élite intelectual del porfiriato, que dio el gran impulso a la aplicación del positivismo en México y que se tomó como fundamento del régimen imperante, en base a los términos “orden y progreso” (orden por medio de la dictadura y progreso en el campo material).

La compilación hecha reúne documentos entre los que cuentan el nombramiento de Santiago Sierra como encargado de negocios “ad interim” de México en Chile en 1878, así como las instrucciones del secretario de Relaciones Exteriores para Leonardo López Portillo, pero que debieron ser ejecutadas, en la medida de lo posible, por Sierra al tener que reemplazar a su superior. Asimismo, nueve cartas donde comenta las instrucciones y, además, deja constancia de las dificultades económicas que sufren él y el oficial que

lo acompaña, porque su antecesor se negó a entregarles la documentación de la Legación y los viáticos correspondientes, a lo cual se ha sumado la poca atención puesta por el gobierno mexicano en satisfacer sus reclamos.

Siguen luego, doce cartas que recogen la versión chilena acerca del porqué de la Guerra de 1879 y la razón que concede Sierra al actuar chileno, tanto por la torpeza y debilidad bolivianas cuanto por la mejor diplomacia y manejo político chilenos. Se incluyen siete cartas con la versión peruana acerca de la Guerra del Pacífico con comentarios de Sierra, mayoritariamente desfavorables al Perú, pues en todo momento él entendió que nuestro país tuvo intereses muy contrarios a Chile y llega a encontrar ambiciones económicas que, desde su punto de vista, perjudicaban a Chile por la explotación del salitre, al establecer el gobierno peruano el estanco de ese producto. Termina esta parte de la correspondencia con las cartas cursadas a la cancillería mexicana por intermedio de Sierra, en las cuales los cancilleres de los países beligerantes justifican sus respectivas posturas ante los países neutrales, como es el caso de México y las respuestas del Ministro mexicano evitan el comprometerse con cualquiera de los países, por lo que el tenor de sus respuestas es muy semejante. Al canciller peruano le dice que “El Gobierno de México interpretando...con toda fidelidad los sentimientos del pueblo, deplora profundamente la necesidad en que se ha creído colocada la república del Perú para romper sus relaciones con la de Chile y fiar a la suerte de las armas el resultado de las cuestiones pendientes entre los dos países...” (p.88) y al de Chile le expresa...” que México ha visto con profunda pena esa lucha que no puede menos que lamentar cuando están empeñados en ella tres naciones amigas y hermanas, me encarga a la vez comunique a Vuestra Exce-lencia que hace fervientes votos porque cuando antes se restablezca con la paz y la amistad más duradera, sobre bases justas y equitativas entre los contendientes”.

El texto finaliza con seis cartas, en las cuales los representantes mexicanos en Estados Unidos y en Bélgica tratan de interponer sus buenos oficios para el término de la Guerra del Pacífico, pero sin que esto, al parecer, vaya más allá de una sugerencia a las autoridades mexicanas, cuya respuesta se ignora, dado que el texto trae sólo la correspondencia remitida al ministro de Relaciones Exteriores.

La compilación hecha por Wu Brading tiene evidentes méritos, porque la trayectoria historiográfica de la autora nos habla de su experiencia en el tema de las relaciones internacionales referidas a Chile como puede verse en

*Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima* (Lima, Milla Batres, 1986); sus textos acerca del representante británico Belford Wilson (tesis doctoral y artículos); *Manuel Ferreyros y la Patria Peruana* (Lima, PUCP, 1991).

Este nuevo trabajo nos ofrece cuatro temas que cabe destacar: la Guerra de 1879 (el de mayor interés para la historiografía peruana); el de la federación de estados americanos, que daría nueva vida al proyecto bolivariano; el de la crítica a la labor diplomática de nuestros noveles estados y el de las apreciaciones de Sierra, a veces aventuradas, acerca de lo que podría esperar de cada uno de los países en los cuales debía llevar a cabo su misión.

El primer tema, de la Guerra del Pacífico, condensa, en cierta medida, la visión que tuvo el resto de América sobre las causas de la Guerra, debido en gran parte a la miopía de nuestras clases dirigente (peruana y boliviana), al no publicitar las razones que movían al país del sur a ir hostigando permanentemente a Bolivia para llegar al desenlace fatal. Muchos países americanos y, sobre todo, los europeos llegaron a aceptar la versión chilena de ser “país agredido” y, en el mejor de los casos, lo único que conseguimos con una tardía reacción en cuanto a la difusión de la postura peruana, fue crear cierta duda, pero no como para alcanzar un respaldo o una simpatía hacia nuestra causa. Eso sí, en el caso de México, hubo evidente decisión de no dejarse arrastrar en el conflicto, pues esto contrariaba sus planes de unión americana. México no fue más allá de simples expresiones protocolares de “lamentar el conflicto” y “hacer votos por la pronta solución”.

De esta versión mexicana se desprende también el rechazo al tratado Secreto de Alianza Defensiva de 1873, no obstante la aceptación que hoy hacen historiadores chilenos como Mario Barros, respecto a que, efectivamente, el tratado fue conocido por Chile desde 1873. Sierra anota que Chile sólo lo conoció en vísperas de la Guerra, desinformación debida a que este diplomático estuvo en Santiago sólo a partir de 1878. Para Sierra, visto el tratado sólo en ese momento, el carácter de agresividad hacia Chile por lo ocurrido entre 1874 y 1878, quizá tuviera un cierto sentido. Es probable que ante el mal manejo diplomático boliviano y peruano la opinión generalizada en América y Europa, bajo la influencia de la postura chilena que sí realizó una adecuada campaña internacional, siguiendo modelos británicos y germanos, viese hasta con simpatía el caso chileno, en base, sobre todo, a los intereses económicos que estaban en juego y a cierta política expansionista que, desde la guerra Franco-prusiana, tácitamente era aceptada por las potencias, sin entrar a los problemas del derecho y la ética.

El segundo tema, el de la unión latinoamericana lleva a revivir el sueño del Libertador Bolívar, idea que para Sierra es de mayor trascendencia y actualidad, pero considera que debería ser llevada poco a poco, pues los conflictos fronterizos entre Chile y Bolivia, la misma relación entre estos países con Argentina y el Perú, la desconfianza hacia Brasil y algunas otras suspicacias, hace pensar que la labor para este acercamiento sería larga y de mucho cuidado. No considera conveniente la celebración de tratados bilaterales, porque de surgir desavenencias entre tales estados, si México llega a vincularse especialmente con algunos de ellos sería visto con recelo. Piensa que de inmediato lo único que cabría celebrar son tratados comerciales y dejar para el final todo aquello que pudiese resaltar de más difícil tratamiento. Si México consiguiese mantener efectivamente una verdadera neutralidad, estaría más capacitado para convocar a la unión latinoamericana y le cabría la gloria de haber llevado a buen término la aspiración bolivariana. El optimismo de Sierra es por momentos demasiado ingenuo y atribuible a su inexperiencia, pues hoy vemos con suma claridad que conforme avanzó el siglo XIX la aspiración a la *gran unidad Latinoamericana* quedó casi como un mito, aunque no faltaron intelectuales de diversas nacionalidades que más de una vez la invocaron. Los problemas fronterizos fueron una de las razones más fuertes en su contra. Es cierto que la idea se retoma periódicamente y más aún en nuestros días, pero es también cierta la exacerbación de los nacionalismos, aunque el ejemplo de la Unión Europea podría hacer renacer algunas expectativas, pero más en base a elementos económicos, que políticos o culturales.

El tercer tema reviste también importancia y se vincula con el anterior en la medida que se plantea una mayor necesidad de afianzar las relaciones entre los estados latinoamericanos, por la existencia de intereses comunes y la necesidad de concertar una decidida política de autoprotección frente a las potencias, situación que Sierra ve, fundamentalmente, en base las experiencias sufridas por México.

El último tema es donde Sierra plantea su parecer frente a los pueblos latinoamericanos, sus semejanzas y diferencias, su importancia y la posibilidad de alcanzar efectivos frutos de su misión.

Como se puede apreciar, teniendo en contra la época y la dificultad de las vías de comunicación, la misión encomendada a una Legación que debía cubrir casi todo el territorio de Sudamérica, era difícil de realizar, pues el desplazamiento de un país a otro obligaba a un recorrido básicamente terrestre a caballo, mula o, inclusive, a pie, por ríos y por mar, dado que el

volumen de vías férreas instalado era muy pobre para las grandes extensiones territoriales, como bien lo hace notar Sierra, quien sólo llegó a estar en Santiago de Chile.

Las apreciaciones hechas respecto a cada uno de los países en los cuales debía realizar gestiones, creo que distan un poco de la realidad y caen en una cierta contradicción por momentos. Por ejemplo, su estadía en Chile lo lleva a reconocer en este país cierta superioridad en los preparativos para la guerra de 1879, aunque paralelamente señala que el Perú estaba mejor preparado en cuanto a su marina de guerra. Asimismo, piensa que es Lima la ciudad más importante en estas latitudes.

Respecto a Ecuador y Bolivia, sin haber pasado por ellos, se deja llevar por los prejuicios que circulan y los presenta como “países Bárbaros”, con los cuales prácticamente no valdría la pena tratar, ya que las convulsiones políticas internas, la crisis y debilidad económica en la cual se encuentra y, en general, su incultura los coloca al margen de los países civilizados y, si bien, en aras de la unión latinoamericana será necesario tomarlos en cuenta, se pueden dejar para el final, a ver si mientras tanto logran estabilizarse.

Piensa que los países con los cuales podría empezar a tratarse el tema de la unión serían el Perú y Colombia, pero se requeriría de una misión especial para Colombia y Venezuela, tanto por la lejanía de Santiago, cuanto por representar realidades diferentes y cuya importancia justifica el envío de comisionados especiales.

Sugiere Sierra mantener en sus manos sólo las relaciones con el Perú y Chile, cuyos respectivos desarrollos acreditan cierta unidad y podrían interesarse definitivamente por el planteamiento de la unión. Para la final deberían quedar Ecuador y Bolivia, por las razones antedichas y porque de prosperar la idea unionista se verían arrastrados a plegarse a la nueva organización.

Respecto a Paraguay, Uruguay y Argentina, no confía en la posibilidad de ganarlos a la unión americana “...El Paraguay casi nada significa, y se halla en igual aislamiento de nosotros; del Uruguay puede decirse otro tanto, y ya hemos visto que la Argentina, cuya población predominante va alejándose cada vez más por su origen y sus costumbres de todo americanismo, Su inmigración continúa, su dependencia económica de Inglaterra y Francia también, y su distancia moral de México aumenta”. (p.47).

Todas estas consideraciones, algunas sin duda exageradas, no eran las más a propósito para el cumplimiento de su misión. Es cierto que gran parte de sus afirmaciones son muy próximas a la realidad, pero a la vez están influenciadas por un fuerte pesimismo que le impiden apreciar el aporte de cada uno de los países en cuestión.

Lo que resulta interesante es ver como a estas alturas del siglo y no obstante los estrechos nacionalistas del siglo XIX, la idea bolivariana seguía viva en un país que no tuvo ligado al Libertador, pero que por sus graves problemas con Estados Unidos y Francia, siente más que cualquier otro la necesidad de la organización inmediata de un movimiento unionista a nivel latinoamericano.

Como balance general de la obra se puede señalar la importancia del material recopilado por Celia Wu Brading que muestra la perennidad del ideario bolivariano, hoy recogido por las diferentes entidades regionales que han formado en nuestras repúblicas, como el Acuerdo de Cartagena y sus derivaciones del Convenio Andrés Bello, Hipólito Unanue y Simón Rodríguez, pero reiteramos nuestra sugerencia inicial a la inclusión de algunas notas aclaratorias en algunos temas, sobre todo en lo referente a la visión que de Sierra acerca de la Guerra de 1879, las causas que la motivaron y las respectivas actitudes de los países beligerantes.

Margarita Guerra M.